

Capítulo

Núm. 2 Octubre

SUMARIO

ENRIQUE MALLEA ABARCA, *Había un cielo*

TRISTAN FERNANDEZ, *Poemas*

JOSE LUIS ROMERO, *Brujas: Meditación y despedida*

PAUL VALÉRY, *Literatura*

ERWIN F. RUBENS, *Defensa de los libros*

LEON OSTROV, *Gide o el intelectual que no traiciona su misión*

MANUEL PEYROU, *"Praderas verdes"*

Buenos Aires

1937

MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Intendente Municipal: MARIANO DE VEDIA Y MITRE

Secretario de Hacienda: Atilio Dell'oro Maíni

Secretario de Obras Públicas: Amílcar Razori

HOMENAJE A BUENOS AIRES EN SU IV CENTENARIO

*Ciclo de disertaciones histórico-literarias, auspiciado por
la Intendencia Municipal*

En este volumen de 556 páginas aparece el texto completo de las 25 conferencias pronunciadas por los siguientes escritores: Ricardo Levene, María Elvira Mora y Araujo, Ignacio B. Anzoátegui, Luis Cané, Leonidas Barletta, B. Fernández Moreno, Fryda Schultz, Enrique Corbellini, Enrique Loncán, Alvaro Melián Lafinur, Francisco Luis Bernárdez, Manuel Ugarte, José Gabriel, Samuel W. Medrano, Alfonsina Storni, Sigfrido A. Radaelli, Pablo Suero, Nicolás Coronado, Manuel Mujica Láinez, Sara Álvarez Valdez, Leopoldo Marechal, Roberto F. Giusti, Jorge Luis Borges, Arturo Cancela, Ernesto Mario Barreda.

Precio del ejemplar: \$ 3.— m/n.

En venta en la Oficina de Valores de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires,
AVENIDA DE MAYO 525, 5. piso.

C A P I T U L O

TOMO I — NUMERO 2 — OCTUBRE DE 1937

Había un cielo

AQUEL año hizo en B*** un frío terrible. El viento barría las calles, empujaba a los hombres contra las paredes, doblábalos, al marchar, contra el suelo, los hacía esconderse bajo pesadas frazadas en cuartos bien cerrados; y, con aquéllos que no tenían cuartos ni frazadas y sólo disponían del calor de su cuerpo, hacía un ovillo. Sombria, enorme, castigada por el viento y el invierno, la gran ciudad dormía. El no deseaba esa noche ni tener un cuarto con buena calefacción, ni sentarse a una mesa bien servida, ni poseer un abrigo de anchas solapas que le impidiera sentir el viento frío en la nuca. Sólo deseaba una mujer. En la vida había milagros: Unos aciertan la lotería, otros heredan tíos ignorados, hay quienes encuentran una muerte digna y suave que los liberta de todo. El podía aún soñar que una mujer hermosa estaba esperándolo en su pieza. Eso no podía impedirselo nadie.

Caminaba adosado a la pared, las manos en los bolsillos del pantalón, los codos bien pegados al cuerpo. Furiosas ráfagas de viento doblaban, a veces, su cuerpo y castigaban su rostro, y él pensaba que ese viento y ese invierno no tendrían fin. No hacía mucho que estaba en la ciudad. En el interior había andado de aquí para allá, recorriendo pueblos y ciudades. Todavía quedaba en sus ojos la visión de una calle polvorienta, el recuerdo de ciertos meses cuyas mañanas le sonreían, de una estación solitaria en medio del campo, de una mujer que colgaba ropa detrás de un alambrado, mientras un chiquillo lloraba agarrado a sus polleras. Ahora arrastraba su vida por hoteles sórdidos, pernoctando en piezas en las que sólo había una cama y una ventana. Y, a veces, sin ventanas. Y esto le parecía a él que hacía muchos años que sucedía. Que toda su vida había sido así.

Subió lentamente la escalera. Crujieron los escalones de madera, oscuros y desgastados, bajo el peso de su cuerpo. Tras él, en la calle, quedaba silbando el viento, quejándose como de un dolor antiguo, haciendo balancear sobre la vereda, en lo alto, el letrero y el farol que anunciaban: Hotel Fénix — Camas desde \$ 0.80, barriendo las aceras con furia, arrastrando y haciendo volar papeles viejos... Porque aquel año, en B***, hizo un frío terrible. La gente, desde las ventanas, veía pasar el invierno oprimiendo con su garra helada los corazones y las cosas, borrando todo color, y extendiendo bajo unos cielos grises y nublados sus ondas de desesperanza y tristeza.

En el vestíbulo del hotel —especie de gran patio cubierto rodeado de ventanales amarillos y sucios, todo bañado por una luz sórdida— estaba el dueño. Leía un día-

rio inclinado sobre la mesa. Junto a él, reluciente, orgulloso, en actitud de esfinge dormida, Michi, el gato. El viejo lo miró duramente por encima de sus anteojos cuando él apareció en la escalera. Luego bajó la vista y siguió leyendo. El se acercó a la mesa, sin mirar al viejo, tratando de abreviar la incomodidad que le producía pasar por allí, acarició con la mano el lomo del animal que se arqueó un tanto, y, atravesando el vestíbulo, se dirigió a su pieza por el oscuro pasillo.

Cuando abrió la puerta se detuvo. Se quedó con la mano puesta en el picaporte, mirando fijamente al interior oscuro del cuarto. — ¡Eh! —dijo—. ¿Quién está ahí? Caminó hasta la llave de la luz. Sentada en el borde de la cama, mirándolo con unos ojos muy abiertos y como asustados, estaba una mujer. Estaban una cara demacrada, una boca pequeña y muy pintada, unos pómulos salientes, una melena corta apareciendo bajo una boina azul colocada tan al sesgo y cómicamente sobre la cabeza, que diríase que se iba a caer. El sonrió como se sonríe después de una broma. Se llevó las manos a los ojos y se los restregó. Pensó en su deseo: encontrar, precisamente, una mujer, allí, esa noche, y volvió a sonreír. No estaba seguro de que fuera ella un ser humano. No estaba seguro ahora de que esa cama, esa silla, esa pieza y esa ventana existieran. Sintió que todo adquiriría un aspecto fantasmal. Que era igual que todo estuviera allí o no estuviera. Que la vida y la noche eran, quizá... Pero notó la mirada de ella, triste y desesperada, fija en él. Y entonces preguntó, habló.

Ella le dijo que hacía afuera una noche muy fría; que había caminado mucho esa noche; que era imposible andar

por las calles con ese viento terrible; que ya, no sabiendo qué hacer, había buscado refugio en ese hotel, y se lo habían negado porque no le alcanzaba el dinero para pagar una cama. Pero ella fingió bajar las escaleras cuando el viejo le dijo que no podía quedarse. Se sentó en un escalón y esperó. Y cuando el viejo se levantó y abandonó el vestíbulo por un momento, ella subió y corriendo se metió en una pieza. En esa. Y allí estaba. Podía hacer de ella lo que quisiera. Sólo pedía quedarse. Tenía miedo de una noche así; de la inmensa ciudad en una noche como ésa, y de la soledad inhabitable en ella.

“La mujer que yo soñaba tenía dinero”, pensó él. “Tenía...” Empezó a pasearse por el cuarto, frotándose las manos, dando con los pies pequeños golpecitos en el suelo como si zapateara. — Está bien, está bien —dijo. La mujer lo miró. De pronto, él se detuvo frente a ella. Sonrió y se quedó mirándola un instante. Luego le explicó lo extraño que era todo eso: El hecho de que él deseara encontrar una mujer, allí, en su pieza, esa noche, y ella estuviera allí ahora. — Todavía hay milagros — dijo. — Todavía se pueden tener esperanzas — dijo. Mientras hablaba se oía silbar afuera al viento, y la ventana se estremecía.

—¿Puedo quedarme? —preguntó ella con débil voz.

—Claro; seguramente. Fué hasta la ventana, golpeando siempre el piso al caminar, regresó y se paró otra vez frente a ella. Vaciló un tanto mientras la observaba y buscaba sus jos bajos, fijos en el suelo. — ¿Tienes dinero? — soltó al fin.

Ella tardó en responder. Se quedó mirando los ojos azules que tenía ahora sobre ella, el rostro bronceado y casi

infantil del hombre, su alto cuerpo y sus anchos hombros, sus cabellos rubios y despeinados. — Sólo cuarenta centavos — dijo.

—Dámelos. Podemos comer algo.

La hizo acostar; le recomendó no hacer el menor ruido, y, al salir, apagó la luz. Pasó rápidamente por el vestíbulo, evitando mirar al viejo, sintiendo tras de sí su mirada como un peso molesto, siguiéndole. Hubiera deseado acariciar el gato al pasar; hubiera deseado que fuera ésa la última vez que atravesaba ese vestíbulo; hubiera deseado... En la calle el viento volvió a tirarlo contra la pared y a azotarle el rostro. Brillaba el asfalto; dos o tres autos pasaron corriendo velozmente; dos o tres hombres caminaban como él, pegados a la pared, con el busto inclinado hacia adelante, la cabeza gacha, luchando contra el viento. Apretando en el bolsillo las monedas entró en una lechería. Se sentó a una mesa, se restregó las manos, las juntó y sopló entre ellas haciendo fu, fu. “Café y leche bien calientes”, pidió. Volvió a pensar: “La mujer del sueño tenía dinero. Mucho dinero. Esta sólo cuarenta centavos”. Pero no importaba. Nadie en el mundo podía impedirle tomar ahora algo caliente. De muchas cosas lo habían privado. Esa no podía impedirle nada, ahora.

Cuando el mozo iba a servirle, lo detuvo con un ademán:

—No; mejor —dijo— traiga unas masas, unas facturas. Cuarenta centavos de masas.

Se sorprendió él mismo de esa decisión. “Los sueños —pensó— cuando se cumplen, se cumplen en forma incompleta. Sólo se da una parte —¿un anticipo?, ¿una burla?—; la otra siempre falla. Miró en torno suyo. Sólo había dos

mesas ocupadas. Los hombres de una de ellas conversaban; los de la otra miraban hacia la puerta, hastiados y somnolientos, esperando que cesara el viento para salir. Había deseado una mujer y ahora la tenía en su pieza esperándolo. Pero, la por él imaginada, era hermosa, muy hermosa, como esos rostros que ciertas músicas dejan entrever, mientras algo parece empujar la vida hacia una dimensión distinta, y tenía dinero. Venía a buscarlo. Venía desde el fondo de los años. Aparecía y le decía: "Vamos". Y él la seguía, seguro, confiado, rumbo a esa vida siempre entrevista y siempre deseada. Porque la dicha existe. En algún lugar del mundo, de alguna manera, existe. La que lo esperaba en su pieza, ¿era hermosa? ¿Cómo era? Sólo había reparado en sus ojos y en su voz quebrada, semejante a otras ya oídas. El mozo trajo un paquete. Entregó él las monedas y se quedó allí, inmóvil, con las manos y el paquete sobre la mesa, mirando estúpidamente hacia la vidriera, como sintiendo por adelantado el frío y el viento de la calle. Empezó a pensar que era estúpido no tomar café y leche bien calientes. En las mesas que ocupaban los hombres, había tazas de café con leche vacías y con colillas de cigarrillos aún humeantes. Ellos tendrían ya su estómago reconfortado; en tanto, él permanecía allí, dando vueltas y más vueltas al paquete sin saber qué hacer. Sintió no haber aprendido aún a librarse de la decencia y de otras cosas por el estilo. ¿Qué le importaba esa mujer? Era un imbécil, indudablemente. Toda su vida había sido un imbécil. No tenía valor para llamar al mozo, devolverle las masas, y pedirle que le sirviera café con leche. "Puede que ponga mala cara", pensó. "Puede que piense que yo..."

Salió. Otra vez la noche, la calle, la inmensa ciudad ciñéndolo con sus altos edificios, cada esquina proponiéndole un camino distinto, el viento rudo, el letrero y el farol del hotel, balanceándose, en lo alto, sobre la vereda. Cuando faltaban tres o cuatro escalones para llegar arriba, encontró la mirada del viejo, escrutadora y despreciativa, mirándolo por encima de sus anteojos, bajándola luego hasta el paquete, y volviéndola a posar en el diario que tenía abierto sobre la mesa. Inmovilizado en su silla, envuelto en una bufanda gris y sucia que le cubría casi todo el rostro, y como aterido de frío, parecía una momia pegada, allí, a la pared, bajo la luz del vestíbulo, amarilla y canalla. Al alcance de su mano, abierto, con los bordes de sus páginas mugrientos, estaba el registro de pasajeros. Y, en un extremo de la mesa, Michi, encorvándose, desperezándose lentamente, haciendo brillar su pelo negro y lustroso, acabando de salir de ese paraíso siempre renovado que ha de ser el sueño de los gatos. El se arrimó y lo acarició. El animal cerró los ojos, arqueó el lomo, y dejó salir de su cuerpo ese ron ron subterráneo como agua que hierve.

—Michi —dijo—, Michi. Qué frío —dijo después.

—Sí; mucho—soltó el viejo con áspera voz, sin levantar la vista del diario.

"Puede que algún día no lo escuche más. Puede que un día esta casa desaparezca, estas paredes sean blancas, este viejo no exista, haya ventanas y pueda verse desde aquí árboles y un río", pensó él.

Siguió por el pasillo. De pronto, saliendo de una pieza, como una aparición, echó a andar delante suyo la alemana de la pieza 17. Le dirigió una leve sonrisa al verlo, y él la vio caminar, rumbo a los fondos de la casa, contor-

neando sus caderas, llevando una y otra vez su mano derecha al hombro para sostener su salida de baño que se le caía, mientras un golpe de viento, colándose por el pasillo, hacía estremecer su espalda y su figura menuda, dejando tras ella, como una incitación, el perfume y la impresión indefinible de su carne. Todo el *hôtél* dormía. En medio de la noche y el invierno, todo el hotel dormía.

Entró en la pieza. —¡Eh! —dijo en voz baja—, ¿estás? ¿Eh? Prendió la luz. La mujer estaba tirada en la cama, como desplomada sobre ella, los brazos en cruz, y lo miraba con sus grandes ojos cansados y llenos de cierto miedo. Al verlo se incorporó; se sentó al borde de la cama; hizo resbalar sus manos por entre sus rodillas. El arrimó la silla y puso en ella el paquete. Lo abrió y empezó a comer.

—Come —dijo, señalando las masas.

—No tengo hambre —dijo ella.

El la miró. Dió unos pasos por la habitación. —Hace afuera un frío y un viento de todos los diablos. Se lo lleva a uno —habló ahogando su voz. Fué hasta la puerta y pegó su oído a ella. Volvió después, tomó otra masa y se llenó la boca. —Hubiera sido mejor... —empezó a decir dificultosamente.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Nada —dijo él—. Nada. Tragó un gran bocado, dió unos pasos y luego se acercó a la cama. —Cabemos los dos —dijo—. Déjame pasar. Ella se corrió, y él se tiró a lo largo, del lado de la pared, juntando sus manos detrás de la nuca. De vez en cuando se incorporaba un tanto para alcanzar una masa de la silla. Y hablaba. Contó varios he-

chos de su vida. Ella se dió vuelta una y otra vez hacia él mirándolo como desde muy lejos, el espíritu ausente, la expresión sombría, como si ninguna palabra la penetrara. —No sé; no conozco —respondió cuando él la interrogó sobre un hecho preciso—. Nunca estuve allí. El dijo: —¡Ah, el sur de Chile! Eso sí que es hermoso. Lagos y montañas, lagos y montañas. Viviría allí toda la vida. Ella alargó su mano, tomó una masa y la llevó a la boca mordiéndola delicadamente. “Toda la vida”, repitió para sí. “Toda la vida...”

Cuando quiso hablarle de sí misma, él la atajó. Dijo que ya sabía lo que era eso; que era su historia la de todas: la primera caída, la fuga del hogar, sus gritos, allí, con su padre o con su madre o con todos, después el rodar por las calles, y ahora aquí, con él, en esa pieza de ese hotel, y ese cansancio. —Hablemos de otra cosa —dijo—. Hablemos mejor de... Y se metió otra masa en la boca.

Masticó afanosamente, fija la mirada en la bombilla de la luz colocada muy alto en el techo, como atraído por un recuerdo antiguo que empezaba a hormiguitar en él.

—La mujer del sueño —dijo—, la mujer que debía esperarme aquí, tenía dinero. Se enamoraba de mí. Por supuesto que tú no te enamoras de mí ni yo de ti. Pero es igual, ¿eh? La miró sonriente, brillantes sus ojos. Ella lo miró a su vez, indiferente, lejana. —Podemos hacerlo igual, ¿eh? —dijo él.

Apagaron la luz. Cuando se recuperaron, sobrevino un largo silencio. El empezó a adivinar en la oscuridad el techo, las desnudas paredes, la lívida claridad de la ventana, la puerta, la silla. Era difícil acomodarse a todas esas cosas,

después de regresar de ese país donde las voces del goce invitan al hombre a salirse de sí mismo. Todo le pareció extraño: extraña la vida, extraña la noche, extraña la pieza, extraño él mismo, y esa mujer cuyo cuerpo y cuya respiración sentía a su lado, y que no sabía quién era, cómo se llamaba, de dónde venía, ni adónde iría después. Diríase que acababa de llegar él a un mundo hostil, de una incomodidad y agresión continua. Corrió el cuerpo hacia arriba, levantó el busto, cruzó las manos detrás de la nuca y dijo: —Los niños recién nacidos que se mueren, es porque se equivocan de mundo. Se dan cuenta de lo que es esto y se van. Las madres debían saberlo. ¿A qué llorar y querer imponerles a toda costa vivir aquí? A lo mejor, en otro astro, en otra estrella, están mejor. Allí las cosas tendrán... ¿cómo se dice?... un sentido, algo que... Otros se engañan y se quedan. Tú te engañaste; yo también. No recuerdo si, de muy pequeño, estuve enfermo. Si me cuidaron entonces mucho, no recuerdo. Si es así, odio al que lo hizo. Aunque haya sido mi madre.

Ella no dijo palabra. Por un largo rato ninguno habló. Profundo y misterioso, trayéndoles miles de recuerdos, hundiéndolos y levantándolos en sus ondas heladas y remotas, el silencio del hotel llegaba hasta ellos. Agazapados en él, sintiéndose navegar a la deriva, oyendo latir sus corazones, veían aparecer en la oscuridad, a uno y otro lado, fugaces destellos, ora proponiendo un mundo de maravillas inalcanzables, ora una vida arrastrada y sin esperanza, donde ellos, desmuertos y sumergidos, esperaban.

—¿Oyes? —dijo él, de pronto.

—¿Qué? —preguntó ella.

—El viento, cómo gime...

—Sí —dijo ella.

Ambos prestaron oídos. Afinados y como tendidos hacia afuera, percibían ahora el rumor de la noche y del viento como un oscuro presagio, y les pareció que podían palparlo allí, junto a ellos.

—En la entrada hay un gato, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí: Michi. Duerme todo el día. Pienso llevármelo cuando me vaya.

Corrió la raída frazada con ánimo de levantarse. Ella sintió frío, tiró de la frazada hacia arriba, con un gesto de disgusto, y se cubrió. El se sentó entonces en la cama, y, sonriendo, pegó a la mujer unas palmadas en las nalgas. —¿Por qué no eres rica y vienes a buscarme? ¿Por qué no eres tú la mujer del sueño? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Buscó el rostro de ella, inclinándose sobre ella. —¿Por qué? ¿Por qué? —insistió sonriendo siempre.

Saltó sobre ella, bajó de la cama y prendió la luz. Sentía ahora un malestar que le incomodaba. La luz le hacía recobrar algo odioso. —Debí tomar café y leche bien calientes y comprar cigarrillos —murmuró—. Siempre seré un imbécil. Se contrajo su cara con un gesto de disgusto, y se quedó parado en medio de la pieza como a la espera de algo. Dirigió una rápida mirada a la mujer. "Aquí, toda la noche", pensó, molesto.

La ventana volvió a estremecerse con un golpe de viento. Lo oyó él gemir, afuera, sobre la ciudad y las calles. Podía silbar cuanto quisiera. El estaba seguro allí. La ciudad dormiría igual aunque la azotaran quinientos vientos

como ese. Sin embargo, se sintió acosado; fué como si le metieran un hondo desamparo en el alma. Ese azote del viento respondía a un fin. No se azotaban con tanta furia a una ciudad, ni a la ventana del cuarto de un hotel, sin causa alguna. Ese viento quería barrer, castigar. Mas el hombre podía reirse de ese viento. Pero, ¿de otros? ¿De esos huracanados que ascienden, a veces, del fondo de la vida; desde esa mancha oscura donde todo pensamiento resbala, fija, inmóvil en un fondo viscoso y negro, ululando siempre dentro del alma? Estaba él desnudo ante ese viento. Todos estaban desnudos ante esos vientos.

Ella se sentó en el borde de la cama. Se llevó las manos a la cabeza, esponjó su melena, se alisó las cejas, hizo ademán de tomar su cartera, pero la dejó, y, luego, otra vez dejó resbalar sus manos entre sus rodillas. Se quedó con el busto inclinado hacia adelante, fija la vista en el suelo.

—¿Puedo preguntarte qué vas a hacer mañana? —dijo él—. Si es que todavía —añadió—, tienes algo que hacer o que ir a alguna parte. El problema va a ser salir de aquí. Ese viejo...

—No viviré mañana —dijo ella—. Pienso terminar esta noche.

—¡Ah!... Está bien, muy bien. Es una solución.

Ella lo miró largamente. Todo en su torno estaba como inmovilizado, como detenido y fijo. Miró, después, la ventana. La ventana detenía con sus vidrios la noche, el cielo oscuro y el vacío. Era el camino de la muerte y de la liberación.

—Esta noche... —dijo él—, ¿es esta noche que...?

—Debe ser esta noche —respondió ella con tono fir-

me. Y después, mirándolo fijamente a los ojos, luego de un silencio: —¿Puedo tirarme desde aquí? —dijo.

—¿Desde aquí? La miró él un instante. Luego dió unos pasos, se metió las manos en los bolsillos, hizo un gesto y levantó los hombros. —Como quieras. Es un cuarto piso. Al menos, es seguro. ¿Y el río? —preguntó, de pronto. Se quedó esperando su respuesta. —Como quieras...

Y caminó hasta la pared opuesta, como dando la espalda a lo que decía, como desentendiéndose de lo que decía. Al volverse la observó. Ella tenía la vista en el suelo, las manos aún entre las rodillas; su rostro no estaba ya tan pálido y había en su semblante serenidad.

—¿Es definitivo? —preguntó él.

—¿El qué? —dijo ella, levantando sus ojos del suelo y posándolos en él, muy abiertos, como si despertara.

—Eso de querer matarte...

—Sí. Ya estoy cansada.

—Sí. Eso pasa —dijo él—. Eso. Siempre llega un momento en que eso pasa. Señaló el paquete sobre la silla. —Una masa —invitó. Tomó una para sí, y empezó a morderla. Sonó, abajo, en la calle, la bocina de un auto.

—No tengo hambre.

—Oye —dijo él. Hizo una pausa para tragar un bocado y luego se pasó la manga por la boca. —¿No te pasa todas las mañanas, al despertarte, creer —dura muy poco, uno o dos minutos, no más—, que uno empieza siempre de nuevo, que es posible que todo lo que uno sueña se cumpla, aun lo más absurdo?

—No. Siempre es lo mismo.

—¡Ah!... —dijo él—. Entonces... Alzó ambos brazos e hizo un gesto con la cabeza. Fué hasta la puerta y

volvió. —Es cosa tuya, entonces. Si no hay ese afán, esa esperanza, esa certidumbre de un cambio, de una mejor vida... Entonces... Es una trampa, ¿sabes? Pero maravillosa, perfecta. Se sentó en el borde de la cama, junto a ella, y repitió: —Perfecta, perfecta.

Se quedó callado. Sus últimas palabras parecieron quedar vibrando en el frío aire del cuarto como un axioma rígido, resonando en la noche, en la ciudad y el mundo.

Ella dejó la cama y dió unos pasos por la pieza. Luego se acercó a la ventana. No vió el cielo porque la luz de la pieza se lo impedía. El cielo nublado, oscuro, rojizo, ocultaba la cara de Dios, terrible o incomprensiblemente misericordiosa, conteniendo la salvación o la condena, o eso, como se lo llame, que hace que uno se detenga a pensar a veces aquí abajo. Un sentimiento de inmovilidad, de abandono, como si ya en el mundo nada marchara, la invadió. La ventana estaba allí, frente a ella, fija, amical. Volvió hasta la cama otra vez.

—Uno lucha, pero es igual. Cuando la vida se propone acabar con uno acaba —pronunció.

El la miró, y se la representó en una esquina pintándose apresuradamente los labios, mientras se miraba al minúsculo espejo de su bolso; caminando por unas calles atenta a los ojos de los hombres; y buscó en su rostro el eco de muertas lujurias, el gesto de desabrimiento que le produciría a ella, como a él, la riqueza inútil y molesta de sus sueños. La imaginó sentada en un cafetín, como un triste despojo humano, en donde en un alto palco tocaban una música arrastrada, canalla y dormilona. La música empezó a sonar en sus oídos. Entre sus notas la vió bailar a ella y a muchas

otras cosas de su vida. Desapareció el cafetín. Ahora era esa pieza, su luz, la cama, la silla y ella que estaban frente a él. Ella que se sentaba en la cama, otra vez, con su perfil que a él le pareció en ese momento hermoso, su rostro descontento y triste, sus ojos oscuros brillando en el fondo de sus órbitas como empujados hasta allí por la vida hostil y dura, mientras decía: —... es inútil por eso. Siempre hay algo que la tira a una. La vida se encarga de eso. La vida.

El oyó esa palabra, y fué como si se encogiera.

—Sí. La vida —repitió como un eco.

—Eso —volvió a decir ella—. Eso. La vida.

—Sí —dijo él otra vez. Se paró, las manos en los bolsillos del pantalón, la mirada como vuelta hacia sí mismo.

—La vida, la vida —repitió.

Sintió el peso de algo tremendo, e hizo un gesto como para librarse de él. Sentía que era la única palabra que podía emplearse; otras mil no podrían explicar lo que él sentía en ese momento. Sin embargo, esa palabra encerraba todo. Todo estaba allí.

Ella se incorporó y dió unos pasos. El mundo a su alrededor seguía fijo, inmóvil, como a la espera de algo. Quizá a que alguien apareciera; quizá a que algo se derrumbara; quizá a que, en algún lugar del mundo, algo naciera o se anunciara. No tenía recuerdos en ese momento. Estaba vacía. Veía sólo la pieza, las cosas que la rodeaban, el hombre que estaba allí, junto a ella, y que volvía a tenderse en la cama con las manos cruzadas detrás de la cabeza, hosco y silencioso, y nada más. De pronto, fugaz como un destello, recobró el recuerdo de otra pieza, muchos años

atrás. Amplia, luminosa, con dos ventanas que daban a una huerta, y por donde creyó volver a sentir los gritos de unos niños, jugando, el piar de unas gallinas, y aspirar otra vez el campo y su fresco olor. Rechazó ese recuerdo. Con aquella pieza se empezaba. Con ésta, en la que estaba ahora, se concluía. Brillaron sus ojos. Una leve sonrisa asomó a sus labios. Una nueva esperanza pareció rozarla.

Se acercó a la ventana y la abrió. Penetró un frío cortante, húmedo. El la miró. La vió mirando hacia afuera, a la oscuridad y al vacío, y la imaginó niña. Se le ocurrió que podía reprenderla por abrir la ventana en una noche así. Porque ella, una vez, había sido niña; habría corrido detrás de un juguete y habría llorado como lloran los chicos, sin son ni ton, pataleando e incomodando a todo el mundo por bagatelas. Sintió que podía salvarla. Se levantaba, la tomaba por los hombros: ¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a...? ¿Salvarla? ¿Qué palabra terrible era esa! Qué responsabilidad. ¿Cómo podía él...?

Ella continuaba parada allí, de frente a la noche, al invierno y a la muerte.

—¡Eh, apúrate que entra mucho frío! —dijo él dirigiéndole una leve sonrisa, casi una triste mueca, y una mirada que parecía ascender desde lo que él juzgaba irreparable, desde toda la lástima y misericordia de que era capaz.

Ella trepó a la ventana. El vió primero cómo se doblaban sus piernas, cómo su cuerpo se doblaba también en el esfuerzo por trepar al alféizar, cómo cubrió por un instante su cuerpo la noche y la oscuridad. Luego la vió saltar, desaparecer, de pronto, como reclamada desde abajo.

Esperó suspenso. Ahora se oiría un grito, un gran rui-

do. Pero nadie gritó; ningún ruido. Sólo un gran silencio. Se levantó de la cama, apagó la luz, cerró la ventana rápidamente y volvió a tenderse. El silencio continuaba hondo, negro, tenaz. Cruzó las manos detrás de la nuca y esperó (¿cómo habría caído?, ¿cómo estaría ahora?) sintiendo debajo de su cuerpo el colchón duro y escaso, y como si a su lado tuviera algo enorme y monstruoso de lo que ya no podría desprenderse. ¿Para qué la había dejado tirarse? Ahora vendrían a llamar, a preguntar pieza por pieza, a incomodar. Y él quería dormir, cerrar los ojos y olvidarse de todo. "Yo no sé nada", diría. "Yo no sé nada". Cerró los ojos y trató de conciliar el sueño imaginando que se hundía, mientras una fina lluvia de años, recuerdos, paisajes y rostros, marchitos o muertos, caía sobre él. Pero ese silencio, ese silencio que contenía una muerte, y al que ningún ¡ay! rasgaba... Afuera, la inmensa ciudad, testigo de la caída, dormía bajo el invierno y la noche, desperzándose dentro de unas horas, vibrando luego tumultuosa, enorme, indiferente, para volver después a dormirse. Eso era lo que él quería. Dormir por un rato, o para siempre. Pero, abajo, en la calle, había una mujer muerta, sin mirada, sin voz. Y no sería ella la única. Porque en esa ciudad de dos millones y medio de habitantes, alguien agonizaba, seguramente, en ese momento en alguna parte, o estaba ya muerto, encajonado y todo en medio de ese característico olor de los velorios, y rodeado de flores, uno que, tal vez, lo único que hizo con flores en su vida, fué regalarle, a su maestra, cuando chico, con una sonrisa estúpida, un ramo. Y más muertos habría. Porque para eso había crímenes, enfermedades y muertes como ésa. Una forma de descanso: como el dormir. Agudo, penetrante, sonó de pronto, abajo, en la calle,

un silbato. El se quedó inmóvil, tenso el cuerpo y el oído. Luego oyó abajo ruidos, voces, alguien que corría, la bocina de un auto. Sabía ahora que no podría dormirse. Sabía que "eso" lo molestaría un buen rato y le impediría dormir. Pero pasadas unas horas, pasado todo, cumplido todo, él dormiría al fin. Porque había un fin. Otro silbato hendió la noche, más penetrante, más agudo. Más voces y más corridas ascendieron desde abajo hasta él como olas pesadas y opresivas. Imaginó la escena: La gente alrededor, y ella con la cara vuelta hacia la tierra; ellos parados, erguidos aún, y ella ya horizontal, descansada.

Pasó otro largo rato. Era la inminencia de algo. El se sintió sumergido en ella, a pesar suyo, y una sorda cólera le invadió. Abajo seguían los rumores. Extendiendo su mano, buscando en la oscuridad el paquete de masas, dijo: "No debí dejarla tirarse. Ahora no podré dormir quien sabe hasta cuándo." No encontró las masas ni la silla. Volvió, entonces, a colocar sus manos detrás de la nuca, y así se quedó. Le irritaba esa espera, esa suspensión de sí mismo. Hubiera deseado terminar de una vez; que todo hubiese pasado ya para poder dormir tranquilamente olvidado del mundo y de todo. En la oscuridad, dentro de sus ojos cerrados, empezaron a brillar unos puntitos luminosos, encendiéndose y apagándose. Había en ellos unos rostros, había unas calles, había unas palabras, había unas voces, todo flotando sobre su cabeza, a la altura de un cuarto piso. Había...

Oyó pasos en el pasillo, voces. Cesaron los pasos y las voces. Luego, dos golpes en la puerta.

Era necesario ir a abrir. Ahora era necesario levantarse e ir a abrir, y ver más rostros, y escuchar más palabras.

Estarían, de seguro, parados frente a la puerta. Alguien dijo: "¿No dice que está ocupada?". Luego otras palabras que él no llegó a percibir, quebraron el silencio, formaron un vacío donde él sintió vivir con toda su fuerza ese instante preciso, y el transcurrir de esos minutos, penetrando en él hasta lo más hondo, suspendiéndolo sobre un antiguo temblor de su propia alma.

Golpearon otra vez la puerta. Más reciamente esta vez.

El se levantó, entonces, y abrió. Había un agente de policía, dos hombres con las solapas de sus sobretodos levantadas y las manos en los bolsillos, y detrás el dueño, mirándolo duramente por sobre sus anteojos. Abajo, entre las piernas de uno de ellos, Michi pasaba y repasaba.

—¿Qué? —dijo él.

Enrique Mallea Abarca

Poemas

Secreto

DE prisa,
que la luna nos viene persiguiendo.

Toda tu voz desnuda
y mi silencio.

De prisa, sí,
que nadie lo descubra,
que sea en secreto.

Toda tu voz desnuda y ofrecida,
voz pura de tu voz, a mi silencio.

No, más

En el acorde exacto
de la noche y el alba,
en el instante lúcido, frágil, tenso, infinito:
flor inmutable, tú,
contorno, sombra, nada.

Parábola

Vibró tu planta enfurecida, y luego,
fúlgida corza que a la sombra huías,
los aires incendiaste con tu fuego,

y, quebrados mis muros, catedrales,
desnudos ateridos capiteles
y la trizada luz de lo vitrales.

Ciego dolor sin cauce ni ribera
flechas, tras ti, de llanto guarnecidas,
lanzaba desde mí, por cada espera.

Buscándote mis ojos te perdieron,
noches pasaron, albas y sus días,
y al no encontrarte ya, te descubrieron.

Cuento

*Que de noche le mataron
al caballero...*

Lope de Vega

De noche,
cuando sueñan los árboles astrólogos
un confuso sistema de luceros;

de noche,
cuando el viento
sus gélidos alanos aulladores
por las calles del mundo deja sueltos;

precisamente entonces,
la Muerte le dió cita al caballero.

Tres relumbres jinetes en la sombra
de gala lo vistieron,
con espasmos de cal en las mejillas
y un abierto rubí prendido al pecho.

Dijo al llegar la Muerte enamorada:

—Cómo te voy a querer
entre mis brazos de hielo;
qué clavel será tu sangre
para lirio de mis pechos;
qué blanda y tibia tu carne
para el marfil de mi cuerpo...
Cómo te querré dormido
entre mis brazos de hielo.

Y se llevó la Muerte al caballero.

Allí quedó
tendido en cruz, el otro,
con los ojos sin luz buscando el cielo.

Composición

1.
Urgencia de mi amor que te reclama,
alba crecida de tu luz que llega,
ardor helado que la duda inflama,
nocturnidad de anhelos que me ciega.

2.
¡Oh dolor de tu cuerpo presentido!
Mar sin orillas para hundir mi cielo,
siempre al alcance, nunca consentido.
¡Oh vacío temblor de mi desvelo!

Abrazo de tus hombros descendido
en dos ríos de ritmo paralelo,
y fervor de caricia recogido
entre tus manos esperando el vuelo.

3.
Encrucijada de la pura entrega,
deslumbrante espiral de oscura llama,
teorema de canción que se despliega,
suspense fruto grávido en la rama.

Tristán Fernández

Brujas: Meditación y Despedida

ANTES de volver a tomar el tren para abandonar Brujas, el viajero, sentado ante una mesa de café, junto a una ventana, ha oído sonar la melancólica voz del carrillón. Súbitamente, toda la actividad moderna que trae consigo una estación y un horario de tren, se ha ocultado avergonzada en un confín remoto del espíritu, y, al llamado mágico de esa voz de bronce que sabe ser tan límpida y cordial, ha vuelto a recorrer las calles de la ciudad para sumergirse de nuevo en la atmósfera incomparable de la Grand Place. Ante el recinto urbano, alma y corazón de una vida que continúa inmutable desde siglos, el viajero repara —profunda evocación de las despedidas— que tras el encanto misterioso de la vieja Brujas se esconde un secreto dramático; nunca lo descubriera antes de aprestarse para la partida; atrapado en el color y en el aire de la ciudad, creyó vivir siquiera una hora su melancólico destino; un día, la promesa del cielo del Rhin y de la nieve alpina dijo al viajero que Brujas guardaba allí, a pocos pasos del Mar del

Norte, su secreto. Y al oír la última nota del cuarto de las tres, el viajero se había prometido a sí mismo no abandonar Brujas sin desentrañar su misterio.

Los canales y los puentes de piedra, el pardo color de los árboles, y el gris y rojo de la ciudad de otoño, han traído al ánimo del viajero reflexiones románticas que su ironía no logra alejar. Entonces busca en los testimonios puros y auténticos de su existencia urbana, en su carrillón y en su palacio comunal, en sus iglesias y en sus muelles, en sus mercados y en sus plazas —testigos ciertos de una vida ya varias veces secular— el vestigio y el rumor de una enseñanza que Brujas como pocas ciudades del mundo —acaso solamente como Toledo o como Nürenberg— ofrece a quien quiera buscar detrás de los recuerdos del pasado los cauces de la viva existencia humana.

Aquí el viajero oye de nuevo el carrillón y quiere volver a entregarse a la embriaguez de la meditación sentimental; pero ya está aferrado al papel y a la pluma, y con ellos a su rigor crítico. Este carrillón de sonidos extrahumanos no podrá ya arrastrarlo: quiere saber ahora, precisamente, qué fluir del tiempo y de la vida —que es, ante todo, tiempo— se oculta bajo el mismo sonar de sus campanas; quiere saber ahora de qué mutaciones ha sido testigo la piedra inmutable.

Hay una emoción histórica —no estética— que consiste en confrontar la propia existencia, suspendida del tiempo con hilos finísimos, con la presunta eternidad de la piedra. Si toda supervivencia provoca en el hombre una expectación meditabunda, esta supervivencia de la piedra, tan cercana al tímido ademán de nuestra mano, agrega una

calidad de presencia tangible y acrecienta esa nostalgia que queda como amargo resabio; pero la piedra responde con un sumiso "soy tu obra" a la desesperada brevedad del hombre; su perduración misma, que es su orgullo, es una glorificación muda del empequeñecido espectador que advierte allí una victoria de esa fuerza humana capaz de crear y de perdurar en su creación. Y esa compleja respuesta del viajero a la arrogancia de la torre y a la secular voz de bronce, compara silenciosamente esos dos tiempos, estas dos especies de eternidad que condicionan la existencia de la torre y la suya.

Pero el viajero repara de pronto en que no está solo frente a la torre, y que por la Grand Place de Brujas-la-muerta, como le gustó llamarla a Rodenbach, cruzan ahora con su porte burgués unos flamencos de esos cuyas fisonomías se refugian, espantadas del tiempo, en las fisonomías de Memling. ¿Acaso oyen también el carrillón? El viajero se formula esta pregunta ante el gesto impávido del caminante. Sí, el flamenco de porte burgués—hoy pobre, ayer opulento— ha oído el carrillón, que es su hora, y el viajero lo ve seguir su camino guiado por sus ojos pequeños y brillantes. Ha oído el carrillón, ha cruzado su plaza, ha mirado su torre y ha entrado por fin en su casa de arcos ojivales y de pequeñas ventanas con cortinas de encaje. Como todos los días, ha cruzado la ciudad dormida y el viajero que lo contempla cinematográficamente detenido en el tiempo frente a su viejo mercado, frente a su torre, con esa estaticidad que da al flamenco su mirada perdida y fija a la vez, piensa por un instante que él también se sorprende de la inmortalidad de esta piedra que lo circunda, inmemorial

y erguida, desafiante, orgullosa de sí misma y orgullo de las generaciones sin historia que se suceden a su sombra.

Pero el buen flamenco de Brujas ha visto sin dissociarlos estos dos tiempos que se oponen en esta contemplación. Su vida parecería medirse por la edad de su torre y Brujas no puede dejar de ser Brujas la muerta. Viejos como su torre, sus recuerdos han enseñado al flamenco de Brujas a no esperar nada del tiempo y las dos mil bombas que cayeron en sus cercanías han dejado en su ánimo la definitiva lección —acaso superflua para él— de la necesidad del esfuerzo estéril.

Acaso el buen flamenco de Brujas conozca Amberes o Bruselas y quizá haya llegado a París o a Londres. Pero no importa. El nómada sabe que hay oasis pero que nada pueden contra la inexorable monotonía de la arena sin fin; el flamenco sabe que existen Londres o París pero sabe también que la vida es un minúsculo ambular del hombre por el tiempo, ágil fantasma escurridizo con una promesa mortal en los labios. Este ambular, piensa el buen flamenco, no tiene sino fugaces altos. Todo el vigoroso espectáculo del dinamismo moderno no es sino un filtro mágico para suponer que no andamos. Y la ciudad cosmopolita es, apenas, un efímero oasis para olvidar el andar irremediable.

Pero es peligrosa la ilusión del oasis. Su existencia es efímera y la arena amenaza siempre transformar el curso de la vida; y en la lejanía del horizonte, hay un admonitorio llamado a la quietud.

El buen flamenco de Brujas sabe de París o de Londres, pero sabe más aún de la impenetrable serenidad de su torre y de su carrillón, y de la estaticidad de la piedra que

ha sabido perdurar tanto como para haber oído los cañones de 1914 habiendo contemplado aquellos burgomaestres abismados que pintaba Memling. Entonces, presentes en su ánimo las dos ilusiones, se deja sumergir conciente y definitivamente en las aguas mansas de su destino, que corren como las aguas de sus canales y que persisten como los cisnes de la leyenda cuatro veces secular que los pueblan. Y cuando escucha la voz del carrillón, parece que se llamara a sí mismo para reunir su alma con el alma de su ciudad vieja de siglos, que ha querido y logrado detenerse en el tiempo.

Pero el viajero, en un momento de pausa meditativa, recuerda que tiene que tomar el tren, ese tren que lleva los turistas ingleses desde su bruma hasta el sol de Italia y a los ministros del Imperio desde Londres hasta Ginebra, haciendo una etapa simbólica en esta ciudad que todavía habla de Maximiliano y de Carlos el Temerario como un *sic transit gloria mundi*. Entonces abandona su tibio refugio de la Grand Place —confiésalo, viajero, no sin pesar— y quiere ganar, por la Rue des Pierres, la estación.

Entonces, cuando vuelve a su recuerdo, ya sobre el tren, el paso regular y pesado del flamenco que cruza la plaza, que repite sus itinerarios seculares, y que entra en las viejas tabernas o en las casas de pequeños ventanales góticos, no puede menos de odiar esta execrable ciudad divina, acaso la más profundamente hermosa que haya visto jamás. Pero la vida histórica tiene exigencias de las que no es posible desertar, las mismas que en su hora hicieron la fuerza de Brujas, de la Brujas viva de los burgueses poderosos y

soberbios, de los canales pletóricos de barcos, de las construcciones audaces, la más rica exaltación del gusto de sus adinerados pobladores.

De esa vida histórica, de ese contraste de valores eternos y de exigencias inmediatas, no es posible sustraer estas últimas. La pálida ciudad ha hecho un milagro que el viajero —ya de lejos, porque de cerca es imposible sustraerse a su encanto mágico— quisiera denunciar a los buenos flamencos con todo el odio que producen los grandes amores; para pedirles que quemaran las torres y los muros, que derriben las cincuenta y dos iglesias y que olviden las telas bienamadas de un Van Dyck inolvidable o de un Memling viviente; para impedir que sea este narcótico de la belleza el que conforme el espíritu de los buenos flamencos, insensible a los dolores nuevos por la persistencia de los dolores viejos. Entonces, cuando el tren que lo aleja de Brujas lo va acercando al secreto de su existencia melancólica, el viajero recuerda haber visto en Toledo, en la más pequeña plaza del mundo, cercada por los muros venerables de dos iglesias de altas torres, una ronda de niños que saltaban a la cuerda mientras cantaban una canción vernácula. Eran alegres voces que cantaban, con el aire del suplicio de Santa Catalina, la ausencia del sol en la plaza.

El tren se aproxima a Gante, la poderosa capital de los Condes de Flandes, y el viajero piensa en el pasado. Pasado es la torre, el carrillón de la voz mágica, el aire de Santa Catalina y las plazas con sombras. Pero entre las cosas pasadas y las ideas vetustas, las hay que guardan el rencor de ser viejas y quieren proyectar sobre la vida nueva el néctar de su sabiduría mezclado con el veneno de su decrepitud. He aquí un pasado peligroso. Sobre cada presente gra-

vita este nubarrón de las formas cumplidas, de las estructuras finiquitadas, de los valores caducos. A veces, la suprema venganza del tiempo burlado por esta pretensión humana de sobrevivir, es ahogar con el peso de su prestigio la débil flor del tiempo nuevo. Este pasado peligroso —la torre de Brujas, la plaza con sombras— recuerda al humilde espectador viviente su perduración y le asegura que no hay lugar, entre las ruinas, para el florecimiento de la planta nueva.

Pero no condenemos por esto al pasado, porque hay otro, de muy diversa actitud y de trascendencia humana muy distinta: un pasado sin acritud, maestro de la experiencia y del dolor humanos, un pasado activo que se proyecta sobre cada presente dándole significación y continuidad; de este pasado no interesa su supervivencia sino precisamente su caducidad.

De este pasado no aspiramos a conocer la totalidad, como no aspiramos a conocer la totalidad del árbol o del hombre. Es condición del conocimiento humano contentarse con percibir esquemas de las cosas. Este pasado, filtrado por la crítica rigurosa, decanta en la reflexión sus líneas directoras, y por su intermedio, el presente adquiere continuidad y secuencia, sin servidumbres que limiten su libre expresión. Para que toda la historia sea pasado de este estilo, será necesario resucitarlo sin olvidarse que está muerto.

Distingamos de éste, aquel otro pasado que perdura, que agobia con su perfección caduca y que no enseña a crear imperfectamente, que es como únicamente se aprende a crear. Este pasado —que el viajero ama con fervor— contradice la vida histórica y el destino humano, y es preciso —piensa

el viajero mientras contempla desde lejos las torres de la Catedral de San Bavón— anular su nefasta influencia sobre los espíritus; los viejos mármoles clásicos, mutilados por la ignorancia brutal del bárbaro enseñan que alguna vez ha sido el olvido quien ha reavivado la clara llama del espíritu.

¿Quién sería capaz de quemar, aun simbólicamente, la Brujas dormida, acaso definitivamente muerta, con los puentes de piedra y los cisnes de la leyenda secular? El viajero se estremece al pensar que el tren lo aleja de ella, hacia la nieve alpina. Queme al menos en sí mismo este pasado quien quiera vivir, porque el recuerdo por el recuerdo mismo es una ocupación senil y nos ha tocado una hora de juventud.

José Luis Romero

Literatura *

LITERATURA: Un libro no es, después de todo, sino un extracto del monólogo de su autor. El hombre, o el alma, se hablan; el autor elige. La selección depende del amor que se tenga: se estima en tal pensamiento, se detesta en otro; su orgullo o sus intereses aceptan o desechan cuanto se le ocurre, y *aquello que quisiera ser* —el autor— elige en *lo que él es*. Es una ley fatal. Pues si se nos diera todo el monólogo, seríamos capaces de hallar una respuesta suficientemente exacta al problema más preciso entre los que una crítica legítima pueda proponerse ante una obra.

La crítica, en tanto que no se reduce a opinar según su humor y sus preferencias —es decir, a hablar de sí creyendo que habla de una obra—, la crítica, en tanto que *juzga*, consistiría en una comparación de lo que el autor ha creído hacer con lo que efectivamente ha hecho. Mientras

* De *Littérature*, *Choses tues*, *Analecta*, *Cahier B. 1910* y *Rhumbs*.

que el *valor* de una obra consiste en una relación singular y variable entre esta obra y algún lector, el *mérito* propio e intrínseco del autor, en una relación entre él mismo y su propósito: es relativo a la distancia que hubiera entre ellos y se mide por las dificultades halladas en lograr la empresa.

Pero estas dificultades mismas son como una obra previa del autor: son la obra de su "ideal". Obra interior que precede, molesta, detiene, desafía a la obra efectiva, la de los actos. Allí, a veces, voluntad e inteligencia tratan la naturaleza y sus fuerzas como el picador al caballo.

Una crítica ideal se pronunciaría únicamente sobre ese mérito, pues a nadie se le podría exigir otra cosa que haber realizado lo que se había propuesto. Sólo se debe juzgar a un escritor según sus propias leyes, y casi sin intervenir personalmente, como por una operación independiente de quien opera, pues no se trata más que de referir una obra a una intención.

¿Usted quiere escribir un libro?

—¿Lo ha hecho ya? ¿Cuál fué su propósito? ¿Quería usted llegar a las altas ideas, o alguna ventaja material: un triunfo de opinión, un éxito de dinero? ¿Quizá un objeto indirecto; quizá no se dirija usted más que a pocas personas de su relación, y hasta quizá a una sola, a la que usted pensaría llegar por el rodeo de una obra en librerías...?

¿A quién quería usted divertir? ¿A quién maravillar, a quién igualar, a quién sacudir de envidia, qué cabeza dejar pensativa y qué noches obsesionar? Diga usted, señor autor, es Mammón, fué Demos, César, será Dios lo que usted sirva? ¿Venus, quizá, y posiblemente todos, un poco?

Pero veamos sus medios, etc. . . .

Un poema no está jamás terminado —es siempre un accidente lo que lo termina, es decir, que lo da al público. Son el cansancio, el pedido del editor, la incitación de un otro poema. Pero nunca el estado mismo de la obra (si el autor no es un torpe) prueba que no podría ser continuada, cambiada, considerada como una primera aproximación o partida para una nueva investigación.

Concibo, en cuanto a mí, que el mismo asunto y casi las mismas palabras podrían retomarse indefinidamente y ocupar toda una vida.

“Perfección” es trabajo.

Escritores: Aquellos para quienes una frase no es un acto inconsciente, como alimentarse y deglutir para un hombre apurado que no se da cuenta de lo que come.

La poesía es la tentativa de representar o de restablecer, con los medios del lenguaje articulado, esas cosas o eso que los gritos, las lágrimas, las caricias, los besos, los suspiros, etc., tratan oscuramente de expresar, y que *parecen querer expresar los objetos*, en lo que ellos tienen de apariencia de vida o de propósito supuesto.

Eso no es definible de otro modo. Es del orden de la energía que se gasta en responder a lo que existe.

Es prosa aquello que puede expresarse mediante otro escrito.

La vieja retórica consideraba como ornamentos y artificios esas figuras y esas relaciones que los refinamientos sucesivos de la poesía han hecho, al fin, reconocer como lo esencial de su objeto, y a los que el progreso del análisis descubrirá un día como efecto de propiedades profundas, o de lo que se podría llamar sensibilidad formal.

Si se imaginaran todas las rebuscas que supone la creación o la adopción de una forma, no la opondrían jamás estúpidamente al fondo.

¡Qué vergüenza escribir sin saber lo que es lenguaje, verbo, metáforas, cambio de ideas, de tono; sin concebir la estructura de la duración de la obra, ni qué condiciona su fin; a penas el por qué, y no, en absoluto, el cómo! Vergüenza de ser como la Pitonisa. . .

Dignidad del verso: una sola palabra lo malogra todo.

Es poeta aquél a quien da ideas la dificultad inherente a su arte — y no lo es aquél a quien se las quita.

La poesía tiene por obligación hacer del lenguaje de un país algunas aplicaciones perfectas.

El poema — esa indecisión continua entre sonido y sentido.

Todo poeta valdrá, finalmente, lo que haya valido como crítico — de sí mismo.

El gusto se forma con mil repugnancias.

Inspiración: Suponiendo que la inspiración sea lo que se cree, y que es absurdo, que todo un poema sea dictado a su autor por un espíritu — sería posible que alguien, inspirado, pudiera escribir en otra lengua, ignorándola, tan bien como en la suya. Así, los poseídos de antes, por más legos que fuesen, hablaban en hebreo o griego durante sus crisis. Eso es lo que se les asigna a los poetas...

El inspirado puede ignorar también su época, el gusto de su tiempo, las obras de sus predecesores y de sus émulos, a menos de hacer de la inspiración una facultad tan sutil, tan justa, sagaz, informada y calculadora, que uno no sabría por qué no llamarla inteligencia y conocimiento.

La literatura, también, se mueve entre el realismo y el nominalismo — entre la creencia en la descripción exac-

ta, en la creación de objetos mediante las palabras, y el libre juego de las palabras. Nunca hubo contacto más estrecho que cuando Zola y Bainville vivían a dos cuartos de hora uno del otro. Calle Epéron, calle Douai.

Un escritor clásico es un escritor que disimula o reabsorbe sus asociaciones de ideas.

Escribir con pureza en francés, o en cualquier otro idioma: ilusión de sabios. No estoy, en absoluto, con ellos. Consistiría en creer que hay una pureza de lenguaje, esencial y bien delimitada... definida mediante caracteres sensibles e incontestables. Pero un lenguaje es una creación estadística y continua. Cada uno le da un poco de sí, lo desfigura, lo enriquece, lo recibe y lo devuelve a su manera, pero con cierto respeto... La necesidad de la comprensión mutua es la sola ley que modera y retarda su alteración; y esta alteración es posible a causa de la naturaleza arbitraria de la correspondencia entre signos y sentido, que lo constituyen. El lenguaje puede ser asimilado, a cada instante, a un sistema de convenciones, inconscientes en su mayoría, y de las que algunas veces uno ve el modo como se establecen, como pasa siempre que aprendemos una palabra nueva.

Hasta aquí nada de pureza sino fenómenos bastante desordenados, sólo dominados o restringidos (para que no se extiendan más) por necesidades del intercambio, o por el automatismo de los individuos y sus tendencias a la imita-

ción. Pero puede haber —y la hay— una pureza convencional, que, por serlo, no deja de tener su virtud. Esta pureza implica, en primer lugar, la corrección, que es la conformidad con las convenciones escritas, cuyo conocimiento y uso define a las personas cultas. Más sutiles son las otras condiciones de ese lenguaje puro y voluntario al que todo el mundo no es sensible. No voy a enumerarlas. Son abstenciones cuyos motivos son difíciles de aclarar; ciertos efectos de los que uno se priva; cierta coherencia fina en la expresión y una preocupación constante en articular netamente los miembros de una frase y las frases de un párrafo, las unas con las otras.

Pero hay hombres cuyo oído, por más sano que esté, no distingue los sonidos de los ruidos.

Escribir con pureza en francés es una preocupación y un entretenimiento que recompensa un poco el fastidio de escribir.

Consejo para el escritor: Entre dos palabras, elegir la menor. (Pero que el filósofo oiga también este pequeño consejo.)

Estilo *adornado*. Adornar un estilo. Sólo sabe verdaderamente adornar un estilo aquél capaz de un estilo desnudo y neto.

Muestra, en la misma frase, su reflejo, su respuesta, su nadería, sus fundamentos.

Grandeza de los poetas de captar con fuerza, en sus palabras, lo que sólo han entrevisto débilmente en su espíritu.

Se ha reducido demasiado el conocimiento de la lengua a la simple memoria. Hacer de la ortografía el signo de la cultura, signo de la época y de estupidez.

Es la maniobra del idioma lo que importa, el encadenamiento de los actos, la adquisición de la independencia de los movimientos del espíritu; y desajustados, la libertad de componerlos en el discurso...

La sintaxis es un sistema de hábitos a adquirir, que conviene reavivar a veces y reajustar en completa conciencia. En esas cuestiones, como en todas, hay que someterse a las reglas del juego, pero tomarlas por lo que son: no conferirles una autoridad excesiva. No envanecer por acordarse de una cantidad de excepciones, ni olvidar que en la época de los más grandes escritores, las libertades eran también más grandes. Su lengua era más compleja, mejor construida, más "organizada" que la nuestra, aunque confieso que estaban muy divididos sobre el significado de los tiempos, inseguros en la concordancia, e irregulares y sorprendentes a veces en su manera de concertar los participios.

Si todo razonamiento se reduce a ceder al sentimiento *, es del que cede de quien hay que condolerse... Pues no es el razonamiento el que cede. Soy yo — ¿quién, yo? El que razona, pues el otro es variación sin límites: volverá

* Es ésta una idea de la Pitonisa: lo espontáneo, lo irreflexivo, más precioso y más digno de fe que lo meditado.

sobre su sentimiento, reanudará el razonamiento. Y así continuando...

Imitarse a sí mismo. Es esencial para el artista saber imitarse a sí mismo. Es el único medio de hacer una obra —que es necesariamente una empresa contra la movilidad, la inconstancia del espíritu, de las fuerzas y del humor.

El artista toma por modelo su estado mejor. Lo que él ha hecho de mejor (a su juicio) le sirve de unidad de medida.

Un crítico no debe ser un lector, sino el testigo de un lector, quien lo mira leer y conmoverse. La operación crítica capital es la determinación del lector. La crítica tiende demasiado hacia el autor. Su utilidad, su función positiva podría expresarse mediante advertencias de la forma siguiente: Yo aconsejo, a las personas de tal constitución y de tal humor, leer ese libro.

Hay que mirar a los libros por sobre la espalda del autor.

Es necesario, en un día de energía, tomar el libro considerado aburrido y ordenarle ser, ensayar de reconstruir el interés que en él puso su autor.

Publicada la obra, su interpretación por el autor no tiene más valor que otra, de cualquiera que sea. Si he hecho el retrato de Pedro, y si para alguien se parece más a Jacobo que a Pedro, yo no puedo decirle nada, y su afirmación vale tanto como la mía. Mi propósito no es más que mi propósito, y la obra está allí.

El autor lleva ventaja sobre el lector en haber pensado de antemano; está preparado; ha tenido la iniciativa. Pero si el lector le toma esa ventaja, si conoce el tema, si el autor no ha aprovechado su delantera para profundizar y alejarse, si el lector es de inteligencia rápida — entonces toda la ventaja está perdida y sólo queda un duelo de inteligencias, pero con el autor mudo y siéndole imposible maniobrar. Está perdido.

No hay teoría verdadera en arte, porque uno se aburre de todo y termina por interesarse en todo.

En arte, las teorías no valen gran cosa... Aunque esto es falso: La verdad es que no tienen valor universal. Son teorías para alguien, útiles a alguien. Hechas a él, y para él, y por él. A la crítica, que las destruye con facilidad, le falta el conocimiento de las necesidades e inclinaciones del individuo, y a la teoría misma le falta declarar que ella no es verdadera en general, sino verdadera para X, de quien es el instrumento.

Se critica la herramienta sin saber que está sirviendo a un hombre al que le falta un dedo o que tiene seis.

Cualquiera que sea el valor o el poder de penetración de una explicación, durante y aún después, el asunto a explicar es el efectivamente real — y en su realidad está precisamente ese misterio que se ha querido disipar.

No hay proposición, no hay descripción, ni razonamiento en los cuales las palabras tiempo y espacio no puedan ser ventajosamente reemplazadas por otros términos cada vez más particulares.

Tiempo, espacio, infinito, son palabras incómodas. Toda proposición, al precisarse, las abandona.

Opiniones: pensamiento parcial.

La parte provisoria de nuestras ideas, sin estudio, simplista, aparecida a raíz de una fecha, de una moda, de la clase de interlocutor, de la decoración... de todo, excepto de la cosa misma a la que se refiere, es la opinión.

Si el hombre es tonto, con suficiencia y seguridad, si ni sospecha diferencias en los valores lógicos, ni se da cuenta del escamoteo de las objeciones y confunde las impresiones primitivas, ingenuas, con las auténticas, etc., la opinión, en él, es convicción.

Pero quiero decir también algo sobre la opinión. ¿Por qué una opinión y no otra? Aquí, la costumbre es invocar

al sentimiento. *Sensibilidades diferentes*, luego — etc. Ver Pascal. La pobre razón se reducirá a darle la razón al *sentimiento*.

Otro punto de vista es: se trataba de humillar a la razón. ¿Y lo que rebaja a la razón no puede ser sino...? — Nada se arriesga llamándolo *sentimiento*.

El otro punto de vista argumenta: Usted piensa de esta manera, no de esa otra, quizá porque el poder de ceñir sus pensamientos, de hacer que tiendan a una forma precisa, se ha detenido en tal punto. Si no los ataca, los aprieta, los traduce y los vuelve a traducir, se quedará ahí. O si el tiempo, el gusto le han fallado, espere todavía un poco. Esa idea que ha dormido veinte años, se despierta y encuentra en mí un nuevo amo que la castiga y la cambia...

La opinión sobre tal objeto depende, pues, también de este poder formal, de los adversarios interiores suscitados —del trabajo interno—, del sueño y del despertar... Y muy poco del objeto mismo.

La muerte como medio literario representa una facilidad. Usar este motivo indica ausencia de profundidad. Aunque casi todos ponen lo infinito en la nada.

Allí, donde he llegado yo penosamente, jadeante, surge otro, fresco y libre, que se apodera de la idea, la libra de mi fatiga y de mis dudas, la encara en lo que tiene de general y de ágil, juega con ella, la vuelve instrumento y adorno, ignora el mal y la sangre que ha costado.

Usamos como dones gratuitos mil cosas que han sido pagadas con vidas humanas, perlas cuyo pescador ha vomitado sangre, libros escapados a la hoguera...

La literatura oscila entre la diversión, la enseñanza, la prédica o propaganda, la ejercitación de uno mismo, la excitación de los demás.

La vida del hombre transcurre entre dos géneros literarios. Uno comienza por escribir sus deseos y termina escribiendo sus Memorias.

Se sale de la literatura y se vuelve.

Las obras del arte más exquisito, las sutilezas del dibujo, el paladeo de las finezas y ajustes de una lengua perfecta, las delicadezas de ciertas oscuridades matemáticas, la precisión a que se puede llegar en el examen del alma — todo esto es asunto privado de algunas personas. Suprimidlas: ¿quién sospechará una pérdida así?

¿Un hombre de inteligencia profunda e implacable podría interesarse en la literatura? ¿Con qué motivo? ¿Dónde la colocaría en su espíritu?

Paul Valéry

Selección y traducción de ERWIN F. RUBENS.

NOTAS

DEFENSA DE LOS LIBROS

LOS hombres, atraídos por el cine, la radio y los diarios, han hecho abandono de los libros. Cada día se lee menos, cada vez se venden menos libros. Duhamel dedica gran parte de su último libro * a este hecho de haber sido desechado por las masas el procedimiento de transmisión de cultura propio de la inteligencia europea. El porvenir de los libros es el porvenir de la inteligencia, de la occidental, al menos. En relación a otras maneras de transmisión, y por sobre todo, el libro significa espíritu, reflexión, reposo —no vale la pena leer lo que no hemos de releer—, y eso, el leer, el pensar, el formar nuestro espíritu, es cosa nuestra, en la que nadie ha de intervenir.

Hagamos, dice Duhamel, que el hombre de la calle, las masas, lean. "El destino de nuestra civilización está unido al destino del libro". "Si las masas pierden el hábito de la lectura, no lo recuperarán más". Pero las masas, hasta ahora, nunca han leído —entendámonos: leído libros que signifiquen algo en la cultura. Antes del cine y de la radio, al egresar de la enseñanza primaria obligatoria, impusieron una

* *Défense des lettres*, Mercure de France, 1937.

literatura inferior, que sobrevive en las revistas populares. La verdadera crisis tuvo lugar entonces. Hoy no hay crisis del libro porque las masas no leen. El libro se libertó de lo que no era suyo, pasándose a los diarios, revistas, cintas, audiciones, que satisfacen ahora la curiosidad, la necesidad de descanso, de gozo o de entretenimiento de las masas y de los que no lo son. Casi todo lo que antes, no teniendo ninguna relación con el espíritu, se publicaba indebidamente, ahora es propalado o fotografiado o resumido en un telegrama. El cine sonoro se ha llevado del teatro todo lo que a éste no le servía. Lo malo es que de nuevo las masas se hayan separado de la cultura, e impongan, en la radio, en el cine, sus gustos —su incultura. Pero los libros se salvan, dirán. Sí, se salvan, en las bibliotecas desiertas, en los distingos, en la poesía, en el arte mismo del libro, cada vez más afinados, más especializados. Y la cultura se habrá vuelto un mandarínato.

Este cambio del instrumento de difusión del pensamiento es todo lo contrario de la salvación de la cultura. "Los problemas de la cultura son y deben estar en el primer plano de nuestras preocupaciones" —dice Duhamel. El hombre de la calle no lee porque se ha hecho gregario, se ha vuelto masa, y la cultura es individuación. La reflexión, la meditación personal, el formarse uno mismo (exigencias de una cultura verdadera y relacionadas directamente a los libros), cada día le son más difíciles. El abandono de los libros es, en el fondo, un desentenderse, un encogerse de hombros frente a la cultura. ¿No es que con las máquinas disponía de más tiempo? Pero no se lo había educado para que gozara del tiempo libre, y la cultura tampoco es un valor de cambio. Ser culto no representa ni un goce ni un provecho.

La cultura se hizo sin las masas, y sin ellas había llegado a su madurez. Con los derechos del hombre se llega a los derechos a la cultura. ¿A cuál? Si a ésa, las masas no podían ser más que contempladoras, desde afuera. Sin embargo, la alfabetización, al implicar su participación en la cultura, significaba en verdad la elaboración de una nueva. Había, o que crear una cultura de masas —lo que sería rectificar la dirección tomada desde el Renacimiento—, o que organizar la vida de cada hombre de manera que nada impida su participación en la cultura.

La solución que propone Duhamel es ingenua: que se protejan

los libros, que se incite a leer. ¿A leer y pensar en las cosas del espíritu, a hombres que viven fuera del espíritu? El problema, como todo problema de cultura, no tiene solución en la misma. — ERWIN F. RUBENS.

GIDE O EL INTELECTUAL QUE NO TRAICIONA SU MISION

EL individuo fué siempre la preocupación fundamental de Gide: liberarlo de todas las trabas—sociales, familiares—para permitirle la realización plena y consciente de sus posibilidades mejores es lo que a través de toda su obra ha perseguido. Enseñar a cada uno a ver en su intimidad más profunda, ayudar a que cada alma capte lo que en ella hay de único e intransferible —y de ese modo es como se sirve mejor a la colectividad— es la tarea esencial según Gide. En *Les Nourritures Terrestres* decía: "Arroja mi libro: dítelo que es una de las mil posturas posibles frente a la vida. Busca la tuya. Lo que otro habría hecho tan bien como tú, no lo hagas. Lo que otro habría dicho tan bien como tú, no lo digas, escrito tan bien como tú, no lo escribas. Adhiere en ti sólo a lo que sientes que se halla únicamente en ti mismo y en ninguna otra parte, y crea de ti, impaciente o pacientemente, ¡ah!, el más irremplazable de los seres." Esto en 1897. Y en 1931, en *Pages de Journal*: "Lo que se descubre o redescubre en sí mismo son verdades vivientes; la tradición nos invita a no aceptar sino cadáveres de verdad."

Gide ha creído siempre que alientan en el individuo fuerzas, pretendidamente inmorales, que la sociedad sofoca, impulsos que la moral burguesa ahoga y que, sin embargo, encauzados, pueden contribuir a hacer la vida más fecunda y creadora. Seguro de que el hombre no ha desarrollado todas sus posibilidades, creyendo firmemente en su ágil plasticidad es que se orientó hacia el comunismo, porque vio en él un sistema social que, liberando al individuo de toda preocupación material —que, en la sociedad capitalista, traba e impide su libre desenvolvimiento— le permite desarrollar integralmente sus calidades humanas,

las que lo constituyen auténticamente en persona. Era lógico, entonces, suponer que tarde o temprano Gide se orientaría hacia el comunismo. Su adhesión no constituye, por lo tanto, un comienzo absoluto, como se preguntaba Guy Grand al abrir el debate que su actitud provocó en París, hace poco más de dos años, entre los amigos de *L'Union pour la vérité*. Por eso, Gide no acepta que se hable de "conversión". "Yo no he cambiado de dirección —dice—; siempre he marchado derecho delante de mí; continúo; la gran diferencia consiste en que durante mucho tiempo no veía nada ante mí, sólo el espacio y la proyección de mi propio fervor. Ahora, avanzo orientándome hacia algo; siento que en alguna parte mis deseos imprecisos se organizan y que mi sueño se halla en trance de convertirse en realidad."

Interesándole, por encima de todo, el individuo, los obstáculos que las instituciones ofrecen a su cabal desarrollo tienen, necesariamente, que ser considerados por Gide; de ahí que, de un modo u otro, directa o indirectamente, ya en sus primeros libros, lo social es materia de severo examen; pero lo que se entiende, rigurosamente, por *cuestión social*, esto es, la distinta situación económica de los individuos, que permite que una ínfima minoría oprima a la inmensa mayoría, fué un aspecto de la realidad ignorado por Gide hasta que realizó su viaje al Congo —en 1925— donde la explotación inhumana de los indígenas por las empresas colonizadoras constituyó para él la revelación del espectáculo más inicuo que fuera dable imaginar. El descubrimiento brutal de esa realidad insospechada lo llevó, poco a poco, a considerar sus resortes íntimos y, naturalmente, a plantearse el problema total del régimen que la permitía. Desde entonces, a su inquietud esencial se ha agregado esta otra, evangélica *, que parece dominar y absorber a las demás, cosa estrictamente lógica, puesto que ella es condición para que las otras se realicen o, mejor dicho, puedan realizarse. Asistimos así, a ese espectáculo hondamente conmovedor del artista que sacrifica sus ficciones porque *siente* que todas sus potencias creadoras deben contribuir, urgentemente, a apresurar la causa de la justicia. "Mon-

* El comunismo de Gide es la transposición de creencias cristianas a un mundo puramente humano —afirma acertadamente Ramón Fernández.

tagne vive siempre en mí; pero ya no consiento en que una cabeza bien hecha repose en la blanda y suave almohada de Montaigne. Para escribir yo tenía necesidad de esa almohada de ignorancia e incuriosidad (sobre las cuestiones sociales). Desde hace cuatro años las cuestiones sociales me preocupan y ya 'no escribo.' Si toda la tarea a realizar se circunscribía antes, principalmente, dentro del ámbito del individuo y era "éste primero y sobre todo lo que importa reformar", ahora, percibe Gide más agudamente, que comenzar por una rectificación de lo social puede facilitar la mejora de lo individual. Y así, si en 1923 afirmaba que hay que ocuparse menos de las instituciones que del hombre, hoy cree, sin descuidar la consideración de éste que, paralelamente, aquéllas deben ser, con toda urgencia, examinadas. Esto es lo que llevó a Gide a depositar en Rusia sus esperanzas de un mundo mejor, menos injusto.

Hay, pues —insisto— una lógica continuidad, una perfecta coherencia entre toda la obra de Gide, lo que siempre ha defendido, y su adhesión al comunismo. Además, su afirmación de la vida —de esta vida terrena— como valor supremo, absoluto, su negación de toda instancia sobrenatural, su —por decir así— divinización de lo humano debían, necesariamente, llevarlo a coincidir con la empresa soviética donde lo religioso, ya que no puede ser extirpado, es dirigido hacia la adoración de valores propiamente humanos.

Pero, he aquí que Gide realiza su primer viaje a Rusia y nos comunica sus impresiones en dos pequeños libros, en *Regreso de la U. R. S. S.*, donde alternan luces y sombras, y en *Retoques a mi regreso de la U. R. S. S.*, donde precisa, ya de un modo definitivamente severo, sus observaciones sobre la realidad soviética. Rusia, esto es, los que actualmente la gobiernan, ha traicionado los ideales de la revolución de 1917, se va alejando cada vez más de ellos y los vicios e injusticias que Gide condena en nuestra sociedad capitalista los ve reaparecer allí, no por obra de inevitables filtraciones de ciertos grupos contrarrevolucionarios sino fomentados por el mismo gobierno. Si el individuo, en Rusia, no se halla trabado por los prejuicios que imperan en la sociedad burguesa, otras cadenas le sujetan y la presión del Estado es tal que todo impide, igualmente, su liberación. Esta es la conclusión de Gide. Después de haber ofrecido, gustoso, su vida, si fuese neces-

ría para asegurar el éxito de la U. R. S. S., después de sus palabras de fervorosa esperanza, éstas de desilusión y condena. No hay contradicción. Liberar al individuo material y moralmente es lo que Gide anhela; que se transformen, en consecuencia, las instituciones, que se ajusten al ritmo histórico, que estén en alerta y pronta *disponibilidad*. Ese anhelo Rusia parecía realizarlo; en ese plano de coincidencia instaló Gide su adhesión. Si ahora la retira es porque cree que Rusia, con los procedimientos que en ella actualmente se emplean, se distancia cada vez más de él, hace cada vez más difícil su realización.

Tampoco ahora Gide ha cambiado de dirección. Continúa. Continúa fiel a la única virtud que reconoce: la sinceridad, cultivando su insobornable independencia de espíritu, su verdad *gratuita*. "No hay partido capaz de retenerme, de impedirme preferir, al Partido mismo, la verdad. En cuanto la mentira interviene, me siento incómodo; mi función es denunciarla. Sólo a la verdad me aferro; si el Partido la abandona, yo dejo inmediatamente al Partido."

Ser sincero, definía Jacques Rivière, es suspender en sí "toda química pragmática". Esto es lo que Gide ha hecho. Esto es lo que no pueden perdonarle los comunistas militantes, el que haya facilitado —aunque muy a pesar suyo, naturalmente— con sus libros, armas a los enemigos de la U. R. S. S., lo que no justifica que, ahora, para restar importancia a sus observaciones, se diga que provienen de un "profano en materia social y económica", de un "literato burgués", de un "escritor de laboratorio" —esto revela un perfecto desconocimiento de lo que Gide significa o, lo que es peor, perfecta mala fe. Y esto lo dicen los mismos que ayer proclamaban a todos los vientos su adhesión. Y análogamente, los que ayer recurrían a los argumentos más indignos, los que invocaban sus anormalidades, su vocación pretendidamente corruptora, demoníaca, para explicar su defensa de Rusia, tratan hoy de aprovechar sus consideraciones negativas en favor de sus intereses. Química pragmática. Insinceridad.

Tampoco ahora Gide ha cambiado de dirección. Continúa. Y está, otra vez, solo, con su fervor vacante.

Gide o el intelectual que no traiciona su misión —diría Benda.
—LEON OSTROV.

"PRADERAS VERDES"

CREO que solamente los negros se han ocupado del *confort* material de la vida eterna. Mientras los blancos, con esa despreocupación característica de la época moderna, sólo se interesan en los problemas inmediatos, los negros, más primitivos, más esencialmente conservadores, quieren asegurarse que un tiempo tan largo no transcurra sin buenos pescados fritos, sin tiernos *waffles* con abundante *apricot jam*, sin colchones de nubes donde apoyar para siempre los azotados lomos.

Los blancos quieren que el cielo esté en la tierra y los negros que la tierra esté en el cielo. Y los buenos pastores color café con leche afirman que el infierno es helado para desprestigiarlo y para que todos piensen en cielos confortables, mecidos en ondulante ritmo de *blues*.

Esta es una concepción infantil pero no es tan mala. De lo que puede extraerse de ella es un ejemplo *Praderas Verdes*. La rectitud dogmática fundamental se adorna aquí con algunas herejías pintorescas y puramente formales —o, mejor dicho, visuales. Las mucamas de Jehová, que hablan bien de su patrón; el Arcángel Gabriel, que le ofrece un cigarro; los ángeles, que acuden solícitos a encenderlo; Noé, con gorro de capitán y lista de pasajeros, constituyen la fracción imaginativa y, a veces, poética del asunto. Pero el fondo es épico y dramático porque habla del destino del hombre.

El Jehová de *Praderas Verdes* no es absoluto; está sujeto, por el contrario, a ciertas relatividades implícitas en su condición de negro viejo, de barba blanca, que siente un apetito humano y gusta, de vez en cuando, pasear con los muchachos alrededor de alguna nube pintoresca, mientras las almas helicópteras practican pequeños revoloteos de ensayo. Es un Dios apesadumbrado, sin embargo, porque hace siglos que persigue la salvación de quienes cometió el error de crear. Ha ensayado todos los medios hasta que le hablan de Jesús. Y se alegra de que El Hombre haya hecho sacrificio de sí mismo, porque comprende que ese es el camino de la salvación. (Se alegra, he dicho. Lo contrario sostenía Robert Browning, según Chesterton: "Pensaba —Browning— que el dolor y la abnegación, siendo las cargas del hom-

bre, son también sus privilegios. Sostenía que esas tristezas inflexibles, esos corajes oscuros habían, para emplear una expresión aún más extraña, provocado la envidia del Todopoderoso. Si el hombre puede hacer abnegación de sí mismo y Dios no lo puede, el hombre posee, pues, en el universo una superioridad secreta y blasfematoria"). El Dios de *Praderas Verdes* no es envidioso: Ha buscado durante siglos un camino para los hombres: Se alegra de que Un Hombre, con su sacrificio, lo encuentre. — MANUEL PEYROU.

COLECCION

MEGÁFONO

Volúmenes publicados:

- I. *Vida de muertos*, por Ignacio B. Anzoátegui.
- II. *La irreverencia histórica*, por Sigfrido A. Radaelli.
- III. *Historia universal de la infamia*, por Jorge Luis Borges.
- IV. *Ensayo sobre Rosas*, por Julio Irazusta.

Cada volumen: 144 páginas, papel pluma

Precio del ejemplar: \$ 1.—

EDITORIAL TOR

RIO DE JANEIRO, 760. Buenos Aires

◆

Capítulo

Revista mensual

Calle JUNCAL 2210, Buenos Aires

Directores:

Sigfrido A. Radaelli, Erwin F. Rubens, Enrique Mallea Abarca

Precio del ejemplar: \$ 0.40

Distribuidores exclusivos en el país y extranjero:

Editorial PAN AMÉRICA, Perú 677. Buenos Aires

Las colaboraciones deben enviarse a la Dirección, calle Juncal 2210, Buenos Aires.

Los originales no devueltos dentro de un plazo de dos meses se consideran aceptados.

MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Intendente Municipal: MARIANO DE VEDIA Y MITRE

Secretario de Hacienda: ATILIO DELL'ORO MAINI

Secretario de Obras Públicas: AMILCAR RAZORI

ACABA DE APARECER:

HISTORIA DE LA CALLE CORRIENTES

POR

LEOPOLDO MARECHAL

Documentación gráfica y bibliográfica de
ALEJO B. GONZALEZ GARAÑO Y GUILLERMO H. MOORES
Fotografías de **HORACIO I. COPPOLA**

Un volumen, lujosamente impreso

Precio del ejemplar: \$ 15.—

En venta en la Oficina de Valores de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires,
AVENIDA DE MAYO 525, 5. piso.

\$ 0.40